



UNIVERSIDAD DE JAÉN
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Trabajo Fin de Grado

**La memoria
autobiográfica:
conceptos básicos y la
influencia de la cultura,
narrativa y emociones en
ella.**

Alumna: Sereno Arroyo, Sandra

Tutora: Fernández Abad, María José
Dpto: Psicología básica

Junio, 2017

Índice

1. Introducción.	3
2. La memoria autobiográfica, definición y funciones.	3
2.1. Definición de memoria autobiográfica.	3
2.2. Las funciones de la memoria autobiográfica.	7
2.2.1. Función relativa al yo.	7
2.2.2. Función social o comunicativa.	9
2.2.3. Función directiva.	10
3. El desarrollo y estructura de la memoria autobiográfica.	11
4. La influencia de la narrativa y la cultura en la memoria autobiográfica y en la construcción del yo.	18
5. Memoria autobiográfica y emociones.	23
6. Conclusiones.	27
7. Referencias bibliográficas.	29

Resumen

A lo largo de esta revisión me adentraré en el concepto de memoria autobiográfica, estableciendo en primer lugar, las diferencias con la memoria episódica, para después explicar sus principales funciones: función relativa al yo, función social y función directiva, y cómo influyen en nuestras vidas diarias. También se hablará del desarrollo de la memoria autobiográfica centrándonos en las etapas de su desarrollo y en los factores que lo afectan como son: el concepto de sí mismo y el lenguaje, entre otros. Además se citarán y explicarán las funciones de los componentes que forman parte de la estructura de la memoria autobiográfica. Tras presentar estos conceptos básicos de la memoria autobiográfica, será el momento de ver cómo la narrativa y la cultura en la que vive un individuo influyen en varios aspectos relacionados con la memoria autobiográfica. Del mismo modo se explicará como las emociones influyen también en la memoria autobiográfica.

Palabras clave: memoria autobiográfica, concepto de sí mismo o del yo, modelo de sistema de memoria del yo, construcción del yo, lenguaje, interacciones.

Abstract

Along this review, I will enter the concept of autobiographical memory establishing in the first place, the differences with the episódica memory, later to explain its main functions: self function, social function and directive function, and how they influence our daily lives. Also, It will speak about the development of the autobiographical memory focusing on the stages of his development and in the factors that affect it such as: the self concept, the language, among others. In addition, the functions of the components that form part of the autobiographical memory structure will mention and explain. After presenting this basic concepts of the autobiographical memory, it will be the moment to see how the narrative and the culture in which a person lives influence several aspects related to the autobiographical memory. In the same way it will explain as the emotions also influence the autobiographical memory.

Keyword: Autobiographical memory, self concep, Self-Memory System, self construction, language, interactions.

1. Introducción

A lo largo de este documento se definirá el concepto de memoria autobiográfica (MA), no sin antes realizar una breve explicación de la memoria y la importancia de esta en nuestras vidas. Además de todo ello, es conveniente hablar sobre los conceptos de memoria episódica y memoria semántica, la relación entre ellas y la memoria autobiográfica. Finalmente, una vez definido el concepto de memoria autobiográfica se citarán y explicarán las distintas funciones que posee este sistema de memoria.

Tras ello, se explicará cómo se desarrolla la memoria autobiográfica, haciendo hincapié en los aspectos más relevantes para su correcto desarrollo, hablando sobre la edad aproximada de su aparición y las etapas por las que pasa la memoria autobiográfica hasta desarrollarse por completo. También se aclarará cómo se estructura la memoria autobiográfica y se describirá cada uno de los componentes de su estructura, especificando cuál es la función de cada uno de esos componentes.

Una vez se hayan introducido los conocimientos más básicos de la memoria autobiográfica, es decir, la definición del concepto, explicación de las funciones de la memoria autobiográfica, el cómo se desarrolla y los factores que influyen en su desarrollo y por supuesto explicar los componentes que forman su estructura, será la hora de adentrarse en cómo influye en la memoria autobiográfica, el estilo de narrativa y el tipo de cultura en la que vive el individuo, destacando las diferencias culturales que se han encontrado en varios aspectos relacionados con la memoria autobiográfica.

Por último, con el fin de ver el poder que tienen las emociones sobre la memoria autobiográfica, se describirán una serie de resultados de diferentes tipos de investigaciones, todas ellas relacionadas con las emociones y los recuerdos.

2. La memoria autobiográfica, su definición y sus funciones.

2.1. Definición de memoria autobiográfica

Antes de adentrarnos en el concepto de memoria autobiográfica, es conveniente resaltar la relevancia que la memoria tiene en nuestras vidas, ya que sin ella nuestra vida no sólo sería completamente distinta a como la conocemos, sino que sería imposible. La memoria cumple una función de guía de nuestra conducta, ya que nos permite resolver cualquier situación a las que nos enfrentamos diariamente, con independencia de que seamos o no conscientes de esta función ya que sin ella no sabríamos cómo actuar en cualquier ocasión, no podríamos reconocer cuál es nuestra casa e incluso no seríamos capaces de reconocernos a nosotros mismos. Por lo que se podía definir a la memoria como “un proceso

psicológico que sirve para codificar la información, almacenar la información codificada en nuestro cerebro y recuperar dicha información cuando el individuo lo necesite” (Ballesteros, 2010). La memoria también se puede definir como la “capacidad de los animales de adquirir, almacenar y recuperar diferentes tipos de conocimiento y habilidades” (Ruiz-Vargas, 2010).

La memoria no es un sistema unitario, sino que es “un conjunto de sistemas diferentes preparados evolutivamente para procesar los distintos tipos de información que llegan a nuestro cerebro” (Ruiz-Vargas, 2010). Estos sistemas son los distintos tipos de memorias existentes. En la clasificación realizada por Tulving (1994) se diferencia un sistema a corto plazo u operativo y otro a largo plazo en el que se encuentran otros subsistemas como son: la memoria procedimental, la memoria semántica y la memoria episódica.

Para poder definir de forma más clara la memoria autobiográfica, es preciso adentrarse en los conceptos de memoria semántica y episódica y en la relación entre estos dos tipos de memoria. Tulving (1972) fue el primero en hacer una distinción entre la memoria episódica y semántica. La memoria semántica lo definió como “el sistema encargado de la adquisición, retención y utilización de conocimiento acerca del mundo en el sentido más amplio, hechos y conceptos” (Ruiz-Vargas 2010), implicando por tanto la conciencia del saber. Mientras, la memoria episódica (ME) la definió como “un sistema encargado de la adquisición, retención y utilización de los sucesos personales y eventos del pasado que han acontecido en un momento y lugar específico” (Ruiz-Vargas 2010). En la memoria episódica se almacenaría la información distribuida alrededor de un acontecimiento vivido, en ella se utiliza la conciencia automática para la recuperación de los recuerdos. Por lo que la diferencia fundamental entre ambas es la fuente de información que utilizan, siendo eventos personales en el caso de la memoria episódica y en eventos generales en el de la memoria semántica (Tulving, 1987).

Tulving (1983) calificó a la memoria episódica y semántica como dos tipos de memorias declarativas, concibiéndolas como dos sistemas de memoria interrelacionados entre sí pero con funciones distintas. De este modo el autor refuta su afirmación anterior, realizada en 1972, según la cual ambas memorias son sistemas independientes (Solcoff, 2011).

La memoria episódica y la memoria semántica poseen características propias de las memorias declarativas (Wheeler, Stuss y Tulving, 1997), algunas de ellas son: que registran la información de manera parecida; obtienen la información a través de distintas modalidades sensoriales; pueden accederse a ellas gracias a una diversidad de vías, como preguntas y pistas entre otras y que las dos concuerdan con los principios de codificación específica y procesos de transferencia. Además de todo ello, ambas pueden registrar los distintos estados del mundo

tanto interno como externo, y organizar su contenido de estos estados y realizarles un juicio para determinar si son verdaderos o falsos (Solcoff, 2011).

Los sistemas de memoria semántica y episódica están sujetos a dos estados de conciencia diferentes. Por una parte, la conciencia auto-noética en el caso de la memoria episódica y, por otro, la conciencia noética en el de la memoria semántica (Piolino, Desgranges, y Eustache, 2009; Tulving, 2002). La conciencia auto-noética fue definida por Tulving (2002) como “la capacidad que permite a los adultos representar mentalmente y hacer consciente su existencia prolongada a través del tiempo”. Gracias a ella somos capaces de saber si estamos pensando en algo o recordando algo (Tulving, 2002). En cuanto a la conciencia noética hace referencia a “la habilidad del sujeto para ser consciente de información sobre el mundo en la ausencia de cualquier tipo de recuerdo; constituye la conciencia sobre las representaciones simbólicas de la realidad, con un sentido de conocer más que de revivir” (Markowitsch y Staniloiu, 2011; Piolino et al., 2009).

Ante estas diferencias ¿cómo pueden estar relacionados ambos sistemas de memoria? Desde una perspectiva evolucionista se afirma que la memoria episódica se desarrolla a través de la memoria semántica.

Las siguientes palabras de Tulving muestran esta idea:

“...la memoria episódica se refiere a un sistema que hace posible el “viaje en el tiempo” mental a través del tiempo subjetivo: desde el presente hacia el pasado y hacia el futuro, una proeza que no puede realizar ningún otro sistema de memoria. Al hacerlo, permite al individuo re-experimentar, mediante la conciencia auto-noética, las experiencias previas, y proyectar experiencias similares sobre el futuro. La memoria episódica evolucionó más tarde que los demás sistemas, probablemente es exclusiva de los humanos y se desarrolla tarde en la infancia. Sus operaciones dependen de la memoria semántica y de otras formas de memoria. Por tanto, comparte mecanismos neurales y procesos cognitivos con otros sistemas, pero, además, se apoya en mecanismos y procesos específicos que no forman parte de ningún otro sistema” (Tulving, 1999).

Tulving (2002), destaca dos características de la memoria episódica: la primera es que se trata del único sistema que se orienta al pasado ya que el resto de memorias existentes lo hacen el presente y la segunda es que la evocación de los acontecimientos se acompañan de un estado de conciencia auto-noética, como acabamos de explicar (Tulving, 2002).

Explicados brevemente los términos de memoria episódica y semántica, ya es el momento de centrarse en la memoria autobiográfica. En general se entiende la memoria autobiográfica como un tipo de memoria que contiene recuerdos sobre acontecimientos personales, pero entonces ¿En qué se diferencia de la memoria episódica? Tulving (1999) atribuye a la memoria episódica la función de “la recuperación consciente del pasado personal”, siendo evidente que es una memoria autobiográfica. Por lo que según Tulving ambas memorias son equivalentes.

A pesar de que Tulving las cataloga como equivalentes, hay otros autores que si las diferencian. Horner (2007) nombra tres diferencias entre la memoria autobiográfica y la memoria episódica. Una de ellas, desde una perspectiva sociocultural, habla de que los recuerdos autobiográficos hacen alusión al yo o son particularmente relevantes para este. Considerando a la memoria autobiográfica como una subescala de los recuerdos episódicos, lo que quiere decir que los recuerdos autobiográficos se constituyen sobre la memoria episódica (Fivush, 2011; Fivush y Nelson, 2004; Nelson y Fivush, 2004). La segunda, concibe que la memoria autobiográfica está formada por recuerdos episódicos pero relacionados con el yo, es decir estos recuerdos autobiográficos son exactamente iguales a los episódicos, solo que se asocian al yo (Tulving, 2002). Por último la tercera y última diferenciación menciona que la memoria autobiográfica es un “un sistema de información que una persona tiene sobre sí misma y de la cual, la memoria episódica es tan sólo un nivel” (Conway, 2005; Conway y Pleydell-Pearce, 2000; Conway, Singer, y Tagini, 2004).

Otras distinciones entre la memoria episódica y la autobiográfica es la propuesta por Nelson (1993) que “entiende que la memoria autobiográfica debe considerarse como una forma particular de la memoria episódica en la que la especificidad del tiempo y el espacio resulta significativa.”. Una distinción más entre ambas memorias es la realizada por Brewer (1986) que califica a la memoria autobiográfica como la “memoria para la información relacionada con el yo” y a la memoria episódica como la “memoria despersonalizada”.

Por tanto, tras hablar sobre estas distinciones, una definición de memoria autobiográfica puede ser la de que es “un sistema de memoria funcionalmente distinto y fundamentalmente humano, que surge a través de los años preescolares e implica habilidades de memoria básicas, el desarrollo de la comprensión de relaciones temporales, de la narrativa y del reconocimiento de estados mentales del yo y de los otros” (Fivush, 2011; Nelson y Fivush, 2004).

En 1986, Brewer distingue dos tipos de memoria autobiográfica, los recuerdos autobiográficos y los hechos autobiográficos, que difieren sobre todo en el grado de

implicación del yo en los recuerdos y las imágenes mentales que aparecen en ellos. Los recuerdos autobiográficos consisten en “revivir” los acontecimientos reales referentes al individuo, se considera el componente episódico de la memoria autobiográfica mientras los hechos autobiográficos hacen referencia al conocimiento de ese hecho en el que la persona participó sin ninguna representación de ella, por lo que a este tipo de memoria autobiográfica se la considera el componente semántico (Ruiz-Vargas, 2010). Para diferenciar estos términos y con el fin de aclarar su explicación es preciso indicar un ejemplo de ellos. Si recordamos el último día que fuimos a la playa el verano pasado, el simple hecho de recordar que estuviste en la playa sin evocar nada más tan sólo que estuviste allí se trataría de un hecho autobiográfico, sin embargo si no sólo recordamos el hecho de que un día sin más estuvimos en la playa sino los estados de ánimo que experimentamos, de todas las cosas que ocurrieron ese día, por ejemplo si nos quemamos al sol, o qué comimos, etc, todo ello se trataría de un recuerdo autobiográfico.

En lo relativo a las funciones de la memoria autobiográfica, Pillemer (1992) sugirió que se agrupan en tres categorías: función relativa al yo (continuidad, integridad psicodinámica), función social o comunicativa (vinculación social) y función directiva (planeamiento para los comportamientos presentes y futuros), las cuales se explicarán más extensamente en los siguientes apartados.

Previamente a la explicación de estas funciones, destacar que el hecho de que sean distintas no significa que actúen por separado, es decir, la memoria autobiográfica puede realizar más de una de estas funciones a la vez.

2.2. Las funciones de la memoria autobiográfica.

2.2.1. Función relativa al yo.

Como se ha comentado con anterioridad “la memoria autobiográfica desempeña una función clave respecto al yo y no sólo por el hecho de que nos sirve para organizar nuestro mundo sino porque organiza los conocimientos que tenemos sobre nosotros mismos.”(Ruiz-Vargas, 2010). El conocimiento que poseemos de los múltiples yoes pasados y el yo presente, junto a su proyección en el futuro personal es un tipo de conocimiento autobiográfico esencial para el desarrollo, integridad, ajuste y continuidad del yo (Ruiz-Vargas, 2010). De modo que tal y como señaló Fivush (1988), el sentido del yo y los recuerdos autobiográficos están profundamente conectados ya que “aprendemos sobre nosotros mismos al interactuar con el mundo”. Muchas formulaciones teóricas acentúan la función de la memoria autobiográfica

relacionada con la continuidad del yo (Bluck, 2003; Bluck, et al., 2005), que es mantenida a lo largos de la vida por la relación memoria autobiográfica- yo (Brewer, 1986).

La visión actual que cada persona tiene sobre sí misma, sus características, metas y creencias, influyen en cómo recuerdan su pasado (Bartlett, 1932, Fischhoff y Beyth, 1975; Greenwald, 1980; Mead, 1929/64; Ross, 1989; Ross y Buehler, 1994; Singer y Salovey, 1993). Ross (1989) se interesó en cómo las personas reconstruyen sus principales atributos y emociones. Tras el análisis de varios estudios y de llevar a cabo una investigación junto a Conway en 1984. Ross (1989) en base a sus investigaciones sugirió que en general las personas realizan atribuciones de sí mismas estables en el tiempo. Esta generalización a menudo se realiza en busca de esa coherencia del yo. Esta coherencia de nuestros atributos es un sesgo motivado por las búsqueda de evidencias en nuestro yo pasado que nos da a entender que hay consistencia en nuestra identidad a lo largo del tiempo. Albert (1977) sugiere que la memoria autobiográfica quizás sirve como función de identidad que mejora las emociones individuales de las personas siendo coherentes a lo largo del tiempo.

Koestler (1961) resalta que la gente es más crítica con sus yoes pasados. En las observaciones realizadas por Koestler e investigaciones llevadas a cabo por otros autores se llegó a la conclusión de que las personas ven sus yoes pasados de forma más inferior al actual (Wilson y Ross, 2000, 2001). O sea que nuestro yo pasado también cumple un servicio respecto a la función de identidad. La personas devalúan de forma sistemática a su yo pasado o sus relaciones pasadas todo ello para crear una ilusión de mejora a lo largo del tiempo, encontrando esta mejora atractiva y gratificante (Carver y Sheier, 1990; Frijda, 1988; Hsee, Abelson y Salovey, 1991; Loewenstein y Prelec, 1993; Loewenstein y Thaler, 1989), en parte porque se adaptan a su estado actual y por tanto vuelven a las circunstancias coherentemente favorables menos satisfactorias con el tiempo (Brickman, Coates y Janoff-Bulman, 1978).

En resumen, la función relativa al yo de la memoria autobiográfica posee un importante papel en la construcción de la identidad personal, facilitando el conocerse a sí mismo y el tener una coherencia de sí mismo. Esta función mantiene la autoestima ya que como han explicado varios autores citados anteriormente, nos otorga la visión de que las atribuciones que la persona realiza sobre sí mismo son estables en el tiempo, aunque no sea siempre así, y que el yo actual se valora de manera más positiva que los anteriores a pesar de que no sea el caso.

En lo que concierne integridad psicodinámica, esta no es considerada por la mayoría de los investigadores como una característica más de esta función, a pesar de que según el punto de vista psicodinámico la función relativa al yo establece una relación con la realidad

que lleva a la auto-conservación (Pillemer, 1992). Siendo fundamental, según Pillemer (1992), su aspecto emocional, es cual permite que durante el relato de la historia, el oyente sea capaz de sentir empatía y aún más si ha pasado por momentos similares.

2.2.2. Función social o comunicativa.

Hasta el momento he querido dejar constancia de que la memoria autobiográfica es esencial para conocernos a nosotros mismos, pero cumple otra función muy importante, la social, y que está presente desde edades muy tempranas puesto que a partir de los 18 meses aproximadamente los niños comienzan a compartir historias sobre el pasado, y esta conducta de contar el pasado a otros se mantendrá a lo largo de toda la vida (Ruiz -Vargas, 2010).

Katherine Nelson (1993) considera, al igual que otras autoras y autores, que la función social o comunicativa es la que desempeña el papel más relevante en la memoria autobiográfica ya con ella compartimos con otros experiencias personales. La memoria autobiográfica aporta toda la información necesaria para mantener una conversación con otra persona y al compartir las vivencias y recuerdos más relevantes se van estrechando lazos sociales cada vez más fuertes con las otras personas, por lo que es una función de gran importancia en nuestras relaciones (Fivush, Berlin, Sales, Mennuti-Washburn, y Cassidy, 2003).

Alea y Bluck (2003) han profundizado más en esta función elaborando un modelo conceptual de la función social de la memoria autobiográfica. Alea y Bluck (2003) proponen que los componentes principales de este modelo son: la influencia del contexto de vida, las cualidades de la relación (validez y profundidad de la relación entre emisor/a y receptor/a), las características del emisor o emisora (su edad, género y personalidad), el proceso de compartir recuerdos (receptividad), las características del receptor o receptora (familiaridad y similitud con el hablante), las características del recuerdo compartidos (nivel de detalles y cantidad de emociones) y finalmente el propósito u objetivo por el que se ha utilizado esta función.

Según estas investigadoras son tres los objetivos por los que usamos la memoria autobiográfica como función social:

1. Iniciar, mantener y desarrollar relaciones: el material que se utiliza en las conversaciones que se mantienen a diario, con el fin de potenciar las interacciones sociales, procede de la memoria autobiográfica (Ruiz-Vargas, 2010).
2. Enseñar e informar: mediante la estrategia social, se acude a recuerdos personales durante las conversaciones, con las que se provoca que la otra

persona sienta más veraz y creíble el diálogo, aportando un mayor poder de persuasión al diálogo (Pillemer, 1993). Esto ocasiona las condiciones idóneas para informar y guiar a otros (Fivush et al. 2003).

3. Provocar y mostrar empatía: al compartir recuerdos personales, tanto emisor como receptor están inmersos en la historia. Estas historias ponen de manifiesto la empatía del hablante y al mismo tiempo la empatía es provocada en el oyente, sobre todo cuando este responde a la historia con sus recuerdos personales (Ruiz-Vargas, 2010).

2.2.3. Función directiva.

Previamente se ha tratado el tema de la función relativa al yo y de la función social o comunicativa, ambas de suma importancia para mantener una coherencia de nuestro yo y para estrechar lazos sociales. En este apartado se hablará de la tercera y última función de la memoria autobiográfica, la función directiva la cual “implica el uso del pasado para dirigir el pensamiento y los comportamientos presentes y/o futuros” (Bluck, et al., 2005).

Durante muchos años la función directiva de la memoria fue atribuida a la memoria semántica, no fue hasta que Pillemer (1998) afirmó que la memoria autobiográfica también posee una función directiva y predictiva, la cual es tan importante como la relativa al yo y la social o comunicativa, que se atribuyó a la memoria autobiográfica. Este autor argumenta que los recuerdos personales más relevantes cumplen la función directiva y predictiva, que está sujeta a la supervivencia del individuo. Los últimos acontecimientos trascendentales continúan influyendo en la vida de las personas durante meses o años, aportando una serie de directrices que indican a la persona qué hacer, cómo actuar y pensar en otras situaciones y todo gracias a que estos recuerdos que son evocados ayudando a ajustar los comportamientos actuales (Pillemer, 1998). En definitiva “la función directiva de la memoria autobiográfica permite usar el pasado para establecer planes y tomar decisiones para el presente y para el futuro” (Bluck, 2003).

Pillemer (1998), identificó seis categorías funcionales de los recuerdos autobiográficos: mensajes inolvidables, mensajes simbólicos, eventos originarios, eventos de anclaje, momentos decisivos y eventos analógicos.

Las categorías más frecuentes son:

- ❖ **Mensajes inolvidables**, se trata de los consejos, advertencias o palabras de orientación, que las personas reciben de aquellos por los que sienten respeto, amor o consideran poderosas, a lo largo de nuestra infancia y adolescencia.

Estos mensajes tiene una gran influencia en la conducta y perduran en la memoria durante toda la vida (Ruiz-Vargas, 2010).

- ❖ **Eventos originarios**, son los recuerdos que marcan el cómo, dónde y cuándo empezó una etapa o trayectoria de la vida, por ejemplo una amistad, el inicio de una carrera profesional, etc. Estos eventos suelen ser frecuentes durante la infancia y adolescencia aunque se extienden a episodios de nuestra vida cotidiana (Ruiz-Vargas, 2010).
- ❖ **Momentos decisivos**, “episodios concretos o serie de episodios, que pueden cambiar o alterar el curso de la vida” (Ruiz-Vargas, 2010). Estos recuerdos permanecen intactos en la memoria ejerciendo un papel directivo y orientativo ante las nuevas situaciones.

Gracias al trabajo de Pillemer la función directiva pasa a ser considerada tan importante como la relativa al yo y la social, ya que durante mucho tiempo varios autores han debatido cuál de las funciones explicadas hasta el momento era la más relevante. En la actualidad ha quedado claro que las tres son igual de importantes y que incluso se llegan a solapar entre ellas, como muestra las siguientes palabras de Pillemer (2003) “La cuestión de qué tipo de función de la memoria es más común, básica o importante es extraordinariamente ingenua, porque el valor adaptativo del recordar variará según las situaciones y los individuos, y, también, porque las funciones de la memoria no operan aisladas entre sí”.

3. El desarrollo de la memoria autobiográfica y su estructura.

En el apartado anterior se ha explicado el concepto de memoria autobiográfica, adentrándose previamente en el concepto de memoria y su importancia en nuestras vidas. Igualmente se han expuesto los conceptos de memoria semántica y episódica, ambas muy relevantes para el entendimiento de la memoria autobiográfica. Además de todo ello, se nombraron y explicaron brevemente las distintas funciones de la memoria autobiográfica.

A lo largo de este nuevo apartado se hablará sobre el desarrollo de la memoria autobiográfica, edad aproximada en la que aparece y factores que influyen. Una vez aclarado el desarrollo de la memoria autobiográfica se comentará su estructura, es decir, los diferentes componentes que dispone la memoria autobiográfica y de las funciones de cada uno de ellos.

La memoria autobiográfica es un sistema único, existente tan solo en el ser humano, capaz de añadir los recuerdos de vivencias pasadas en una narrativa general de la vida (Mateo-Gómez, 2015). Fivush (2011), declaró que “la memoria autobiográfica es un sistema que se desarrolla gradualmente a lo largo de la infancia y la adolescencia y que depende del

desarrollo de un sentido del yo subjetivo continuo en el tiempo”. De hecho, muchos autores asocian el surgimiento del concepto del yo con la aparición de la memoria autobiográfica (Nelson 1993, 2003; Howe y Courage 1993, 1997), los cuales están ya presentes a los tres años de vida, ya que no se pueden crear recuerdos autobiográficos sin un mínimo sentido de sí mismo (Howe y Courage, 1993). La memoria autobiográfica y el concepto del yo van germinando durante los años preescolares gracias a las interacciones sociales, al contexto y al desarrollo de los procesos cognitivos, en los que los niños y niñas van experimentando hechos en un punto específico de tiempo y el espacio con un sentido autooético (Fivush y Nelson, 2006; Nelson y Fivush, 2004; Tulving, 1995,2002). El método utilizado para saber si el niño ha comenzado a desarrollar ya el sentido del yo y por tanto si se ha producido el primer paso en el desarrollo de la memoria autobiográfica, es el test estándar del espejo (Lewis y Brooks-Gunn, 1979). El test consiste en colocarle al niño/a un punto rojo en la nariz, sin que se dé cuenta. Posteriormente se le presenta un espejo justo enfrente de él o ella para ver si es capaz de identificarse en el espejo y saber que tiene un punto en la nariz. Tocarse su propia nariz y no la del espejo, quiere decir que su concepto del yo está comenzando a desarrollarse. Según los resultados de este test, los niños y niñas son capaces de reconocerse en el espejo entre los 18-24 meses (Lewis y Brooks-Gunn, 1979; Priel y de Schonen, 1986). Se ha de destacar, que a los pocos meses de ser capaces de reconocerse en el espejo los niños y niñas comienza a utilizar los pronombres (Courage, Edison y Howe, 2004).

Es de suma importancia resaltar, que aunque es imprescindible que esté presente el concepto del yo, ósea de sí mismo, para dar comienzo al desarrollo de la memoria autobiográfica, hay otros factores relevantes en el desarrollo de la memoria autobiográfica como los procesos cognitivos, el lenguaje, interacciones sociales, en especial las llevadas a cabo con los padres y madres y las funciones ejecutivas (Fivush y Nelson, 2006; Nelson y Fivush, 2004).

En lo referente a los procesos cognitivos, los esquemas y representaciones cumplen un papel significativo en su desarrollo. Nelson (1986) y Nelson y Gruendel (1981) han afirmado que las representaciones generales de sucesos,” son los bloques básicos con los que se construye la cognición y a partir de los cuales se desarrollan aptitudes cognitivas más exhaustivas y complejas”. Estas representaciones son básicas puesto que se corresponden de forma más directa con las experiencias que tiene el niño o niña del mundo que le rodea. En función de estas representaciones, son capaces de elaborar estructuras cognitivas abstractas como son las categorías semánticas. Los componentes de los esquemas se organizan y comunican según el orden que en el que han sucedido en el mundo real. No será hasta el final

de los dos años cuando los niños y niñas serán capaces de personalizar la memoria episódica y organizar sus recuerdos, esta nueva capacidad surge gracias a la aparición del lenguaje (Nelson y Fivush, 2000).

En cuanto al lenguaje, otro aspecto clave en la emergencia de la memoria autobiográfica, algunas de las razones por las que contribuye a su desarrollo son: 1) No se trata de la única forma de expresar la memoria autobiográfica, sino que sirve como herramienta de organización y progreso de los recuerdos autobiográficos; 2) La adquisición del habla permite mantener conversaciones con otras personas sobre sus vivencias, enseñándoles la formación de las representaciones organizadas sobre experiencias previas y 3) Estas conversaciones son prácticas que ayudan al conocimiento de que los recuerdos son representaciones de sucesos recientes que pueden ser evaluados (Fivush y Nelson, 2006; Nelson y Fivush, 2004). Durante las primeras etapas del lenguaje los niños y niñas se limitan a imitar la estructura lingüística de sus mayores, lo que les ayuda a organizar las representaciones de su memoria para posteriormente ser capaces de narrar sus vivencias de forma coherente y significativa (Fivush y Nelson, 2006; Nelson y Fivush, 2004).

En lo que respecta a las interacciones sociales, como se ha citado anteriormente son de suma importancia, sobre todo las llevadas a cabo con sus figuras más cercanas, es decir con sus padres y personas de su entorno más próximo, con las que mantiene conversaciones acerca de sus recuerdos. Las interacciones sociales influyen en el surgimiento de la memoria autobiográfica de tres formas: 1) Afectan en el contenido y estructura de la memoria autobiográfica y también en la información para realizar una narrativa coherente, comprensible y de interés para el oyente; 2) funciones meta-memoria, en la importancia de recordar y compartir los recuerdos con otros; 3) la evolución de un sentido del yo estable y fijo, que es el resultado de una historia de vida que ha sido formada gracias a los diferentes sucesos personales que son accesibles en la memoria (Pillemer, 1998). En una serie de estudios realizados por Fivush en 2007, se llegó a la conclusión de que los mejores tipos de interacciones entre padres/madres- hijos eran las reminiscencias altamente elaborativas, ocasionando en los hijos una narrativa más coherente y emocionalmente expresiva, poseyendo una mejor comprensión de sí mismos y mayor capacidad de regulación emocional que el resto.

En lo referente a las funciones ejecutivas, varios autores concuerdan en que son esenciales para el desarrollo de determinadas capacidades cognitivas implicadas en la memoria autobiográfica como es el mantener y manipular la información, actuando en

consecuencia a ella, así como en la regulación de la conducta en función de la situación (Mateo-Gómez, 2015).

Pillemer y White (1989), señalan que hay dos periodos en el desarrollo de la memoria autobiográfica:

1. La aparición de la memoria autobiográfica entre los 2-3 años. Este periodo se singulariza por los recuerdos de escenas vividas, los cuales al ser evocados durante la etapa adulta se perciben como incuestionables.
2. Consolidación de la memoria autobiográfica de los 4 a los 7 años. Durante este tiempo se comienza a tener acceso a los recuerdos, que cada vez son más numerosos (Nelson, 2003; Pillemer y White, 1989; Wetzler y Sweeney, 1986). Se incrementa la memoria personal para un episodio, debido a que los aspectos narrativos se vuelven más complejos y poseen mayor significado para la persona. Los recuerdos se insertan de forma transitoria en los esquemas de vida que condicionan a la construcción del sentido del yo (Nelson, 2003).

Por otra parte, varios autores estiman que la memoria autobiográfica es el resultado de un sistema cognitivo socio-cultural, en el que los diferentes componentes de esta memoria se ven influenciados por las experiencias, las cuales van variando en el tiempo y las historias de los individuos se perciben como fuentes sociales y cognitivas (Fivush y Nelson, 2006; Nelson y Fivush 2004; Pillemer, 1998). Con el tiempo se van casando las conversaciones sobre sus recuerdos, dando lugar a un almacén accesible a la memoria personal. Estos recuerdos poseen información sobre los sucesos del yo en un tiempo determinado y dentro del contexto en el que se desarrollan (Pillemer, 1998).

Una vez aclarado el desarrollo de esta memoria y los aspectos relevantes para ello, es de interés hablar sobre la forma en la que se estructura la memoria autobiográfica y explicar cada uno de sus componentes.

Conway y sus colaboradores llevan años trabajando en un marco o modelo conceptual según el cual los recuerdos autobiográficos se generan en un sistema de memoria del yo (the Self-Memory System (SMS)) (Conway y Pleydell-Pearce, 2000). Según este modelo existe un almacén independiente, en el que se halla la memoria de las experiencias fenoménicas, las cuales se organizan por conocimientos temáticos. Igualmente el modelo considera que los recuerdos autobiográficos son construcciones mentales dinámicas transitorias que son creados gracias a un grupo de conocimientos, vulnerables a las claves y patrones de activación (Conway y Pleydell-Pearce, 2000).

El sistema de memoria del yo, contiene dos componentes principales: el yo operativo y la base de conocimientos de la memoria autobiográfica (Conway et al., 2000). A su vez, la base de conocimientos de la memoria autobiográfica se compone de memoria episódica y de recuerdos autobiográficos, los cuales se organizan en tres niveles jerárquicos: periodos de la vida, acontecimientos generales y conocimientos específicos de acontecimientos (Conway y Pleydell-Pearce, 2000).

Ambos componentes, el yo operativo y la base de conocimientos de la memoria autobiográfica, son recíprocos el uno del otro, a pesar de que pueden trabajar de forma independiente o separada, toda acción de recordar requiere la interacción de ambas para la elaboración de cualquier recuerdo autobiográfico (Ruiz-Vargas 2010).

En lo referente al yo operativo, su función primordial es la de mantener una coherencia del yo. Se ha corroborado que con la meta de confirmar los aspectos actuales del yo, los recuerdos pueden ser cambiados, distorsionados y hasta creados. Todo esto ocurre durante la codificación, el recuerdo y recodificación con el fin de modular la accesibilidad de los recuerdos y sus contenidos, y así perdurar la sensación de coherencia que ayuda a lograr la consistencia en los objetivos presentes, en la autoimagen de la persona y sus creencias (Ruiz-Vargas 2010). En un intento por incorporar el modelo de sistema de memoria del yo en las teorías socio-cognitivas del yo, Conway, Singer y Tagini (2004) aumentaron el concepto del yo operativo con el propósito de incluir el yo conceptual. El yo conceptual, se trata “un sistema de separado compuesto por de estructuras conceptuales del yo temporal no especificadas” (Conway, 2005; Conway et al, 2004).

En cuanto a la base de conocimientos de la memoria autobiográfica, como se ha especificado previamente, se distinguen dos componentes: los recuerdos autobiográficos y memoria episódica. Los recuerdos autobiográficos se organizan en una jerarquía de tres niveles: periodos de la vida o de vida, acontecimientos generales y conocimientos de eventos específicos (Conway y Pleydell-Pearce, 2000).

- ❖ Periodos de la vida o de vida: Representan al conocimiento más general y abstracto de la jerarquía (Conway, 1996). Hacen referencia a largos periodos de tiempo que pueden abarcar meses, años e incluso décadas. En los periodos de vida se almacena y activa la información, la cual está organizada en temas, como temas referentes al yo, localizaciones de lugares, acciones, metas, planes, actividades, etc (Conway, 1992; 1996; Linton, 1986). Las características principales de esta jerarquía son que contiene un inicio y un final (Conway 1992, 1996; Linton, 1986) y que la información que se almacena en ella se agrupa en torno a conocimientos de un mismo tema

autobiográfico. Se ha de destacar que en una misma etapa cronológica pueden encontrarse varios periodos de vida, un ejemplo sería una persona que durante el último año ha convivido con su pareja y ha comenzado a trabajar en una nueva empresa, a pesar de que ambos acontecimientos ocurrieron durante el mismo periodo de tiempo la temática de ambos son completamente diferentes, lo que ocasiona que se formen periodos de vida distintos (Barsalou, 1988; Brown, Shevell y Rips, 1986; Conway y Bekerian, 1987; Lancaster y Barsalou, 1997; Linton, 1986). Del mismo modo, los periodos de vida se pueden unir temáticamente creando temas de orden superior, por ejemplo trabajo, amistades, etc (Conway, 1992; Linton, 1986).

- ❖ Acontecimientos generales: Se tratan de representaciones de conocimientos más concretos, organizadas contextualmente, y más heterogéneas que los periodos de vida (Anderson y Conway, 1993). Se refieren a metas, logros y temas de acontecimientos específicos, que contribuyen a la formación del yo. Esta jerarquía se miden en días, semanas y meses. Varios autores proponen que los acontecimientos generales son puntos naturales que llevan al camino de los recuerdos autobiográficos, puesto que al ser en su mayoría sucesos que se repiten en el tiempo son más fáciles de acceder (Serrano, 2002). Los recuerdos sobre acontecimientos generales se estructuran en dos categorías (Barsalou, 1988; Conway y Bekerian, 1987; Williams, 1996): Los recuerdos extendidos, en los que se encuentran los periodos de tiempo con una duración mayor a 24 horas, y los recuerdos categóricos en los que se guardan las categorías como lugares y actividades, se producen en un momento determinado en el tiempo y poseen carácter recurrente. Ambos tipos de recuerdos son independientes el uno del otro y los dos representan los errores que se comenten al pedir recordar eventos específicos (William y Dristchel, 1992).
- ❖ Conocimientos de eventos específicos: Es el nivel más bajo de la jerarquía, en el que se encuentra aspectos más concretos de tipo sensorio-perceptivo y en el que incluyen imágenes visuales en lugar de resúmenes conceptuales, abstractos y verbales de experiencias pasadas (Nietos-López, 2012) y con mayor cantidad de detalles que los periodos de vida y acontecimientos generales. Los conocimientos de eventos específicos se miden en segundos, minutos e incluso horas (Conway, 1996). El conocimiento personal relevante y temporal cumple un papel importante en la organización de estos recuerdos (Anderson y Conway, 1993). Los detalles de estos recuerdos se contextualizan en eventos generales, los cuales al mismo tiempo están asociados a uno o dos periodos de vida, convirtiendo al conocimiento de eventos de

vida específicos en un todo dentro de la memoria autobiográfica (Nietos-López, 2012).

Los tres niveles jerárquicos de los recuerdos autobiográficos se encuentran relacionados, sirviendo en varias ocasiones como claves para llegar a otra jerarquía (Conway, 1992).

Finalmente, la cuarta estructura de la base de conocimiento de la memoria autobiográfica es la memoria episódica. Según Conway (2009) “los recuerdos episódicos son representaciones mentales con unas características y una organización propias, que se manifiestan en circuitos cerebrales concretos”. Las propiedades de los recuerdos episódicos son (Conway, 2009):

1. Poseen esquemas de los procesos sensorio-perceptivo-conceptual- afectivo.
2. Patrón de activación e inhibición en largos periodos de tiempo.
3. Naturaleza predominantemente visual.
4. Siempre son recuperados desde una perspectiva ya sea de campo o de observador.
5. Representan partes de experiencias de corta duración.
6. Tienen un orden temporal.
7. Se mantienen durante poco tiempo en la memoria a largo plazo.
8. Su recuperación se acompaña de conciencia auto-noética.
9. Dan especificidad a los recuerdos.

En resumen, la memoria autobiográfica aparece al mismo tiempo que el sentido del yo alrededor de los 18 meses. Son muchos los factores que influyen en el desarrollo de la memoria autobiográfica como son los procesos cognitivos, el lenguaje, interacción con otras personas, que de algún modo u otro afectan al contenido, organización y estructura de los recuerdos, a la coherencia y comprensión de estos, entre otras muchas cosas. Asimismo el desarrollo de la memoria autobiográfica se divide en dos etapas, en la aparición (2-3 años) y consolidación (4-7 años) de esta. En lo que respecta a su estructura, el modelo del sistema de memoria del yo de Conway et al. (2000), especifica que la memoria autobiográfica posee dos componentes esenciales: El yo conceptual que está compuesto por estructuras conceptual del yo temporal, aportando a la coherencia de este. El otro componente es la base de conocimiento de la memoria autobiográfica que se divide en: 1. recuerdos autobiográficos, compuestos por tres jerarquías: periodos de vida, acontecimientos generales y conocimiento de eventos específicos, teniendo cada uno de ellos unos tiempos de medida distintos y refiriéndose a diferentes intensidades de recuerdo. 2. memoria episódica, que posee una serie de propiedades.

4. La influencia de la narrativa y cultura en la memoria autobiográfica y en la construcción del yo.

Hasta el momento, se ha definido la memoria autobiográfica y expuesto sus funciones, también se ha explicado su desarrollo y los factores que influyen en él. Además, se ha mencionado cómo es su estructura, pero hasta ahora no se ha mencionado un tema muy relevante en relación con la memoria autobiográfica, como es el de si la narrativa y la cultura en la que vive la persona influye de alguna manera en esta memoria, y si existen diferencias culturales en ella. A lo largo de este apartado se hablará de ello y se mostrarán datos de algunos de los estudios que hasta ahora se han realizado. En primer lugar se conceptualizará y explicará brevemente la narrativa para un mejor entendimiento de lo que se expondrá a continuación.

La narrativa y el lenguaje son factores esenciales para que la memoria autobiográfica pueda llegar a desarrollarse. El lenguaje es el encargado de dar una organización a la narrativa (Fivush, 2011). Según la psicología narrativa, la forma narrativa tiene la función de estructurar las experiencias y los recuerdos que se poseen de esas experiencias lo largo del tiempo (Bruner, 1986, 1990, 1996, 2003; Freeman, 2001; Polkinghorne, 1988, 1991; Shore, 1996). La narrativa de las experiencias es el resultado de la interacción de procesos cognitivos con los sentidos externos y los recuerdos, dando pie a que el organismo represente y de sentido a las señales externas estableciéndolas como elementos o partes de una (Polkinghorne, 1991). O lo que es lo mismo, la realidad de las personas se erige mediante la generalización y conceptualización, con el uso de categorías y conceptos para comprender los hechos, siendo el lenguaje de gran ayuda para organizar las experiencias dándole sentido a la vida, hasta las estrategias para adquirir y recuperar información desvelan la forma de pensamiento prevalente en un contexto determinado, demostrando que estas cuestiones están ligadas a la actividad cultural en la que participan las personas (Cubero y de la Mata, 2005; Santamaría y Martínez, 2005).

Polkinghorne (1991) define la narrativa como “un proceso cognitivo que da sentido a los eventos ocurridos en un tiempo-espacio, y la estructura narrativa da sentido a dichos eventos, lo que conlleva a la construcción o reconstrucción de la identidad y comprensión del concepto del yo, ambos conceptos se forman por la adaptación en la propia cultura donde se desarrolla el ser humano.”

La narrativa se considera como un modo de discurso y de pensamiento (Bruner, 1988; Lavob, 1997), formada por dos modalidades de pensamiento: pragmática y narrativa.

- La pragmática o lógica científica: pensamiento utilizado para la resolución de los problemas prácticos que se presentan en el día a día. Consiste en un sistema matemático, formal de descripción y explicación, utilizando procedimientos con los que asegurar la veracidad de la solución, Estos pensamientos se modulan por la coherencia y no por la contradicción (Bruner, 1999; 2006).
- Pensamiento narrativo: se utiliza para tratar con los demás y para las situaciones. Consiste en contar historias de uno mismo a los demás, ayudando a crear un significado que da sentido a las vivencias de la persona. El significado aparece gracias a la narración, por la continua renovación de las historias de la vida. Estos pensamientos no siguen una lógica lineal y se suelen presentar en imágenes, funcionando por analogías (Bruner, 1999; 2006).

Estas dos modalidades se encuentran en todas las culturas ya que sin ellas no se podrían desarrollar las culturas, pero difieren en la forma en las que se expresan en las culturas (Bruner, 1999; 2006).

La narrativa posee cuatro características (Burner, 1990):

1. La agencialidad. Se trata de la vía por la que se resalta la acción, se define como el medio que enfatiza la acción, que es dirigida a metas concretas y esta acción es controlada por los agentes externos.
2. La secuencialidad: La narración se encarga de alinear los acontecimientos y estados mentales de una forma característica.
3. La voz del narrador: se trata de la perspectiva desde la que el narrador cuenta la historia.
4. La canonicidad: Conocimiento hacia lo que es apropiado en la narrativa y lo que no.

Muchos autores sugieren que “la narrativa supone un modo inherente de pensamiento, una construcción cultural que se aprende en la infancia temprana mediante la interacción lingüística con los adultos” (Bruner, 1986, 1990, 1996, 2003; Freeman, 2001; Polkinghorne, 1988, 1991; Shore, 1996). Esta es la manera de compartir los recuerdos con el resto de personas lo que ayuda a dar sentido y significado al mundo interior de la persona y a la relación con los demás. Gracias a la narración, que al compartir y acumular el conocimiento, proporciona un legado simbólico que pasa a generaciones futuras, es por esto que se puede decir que la narración es una “invención de la cultura” (Santamaría y Montoya, 2008) Por tanto la narrativa posee un papel central en la construcción de los recuerdos autobiográficos que modelan el yo histórico y cultural (Santamaría y Montoya, 2008).

El lenguaje es un elemento crucial para el desarrollo de la narrativa, ya que es el vehículo por el que se comparten las experiencias pasadas y es a través de las interacciones con otros, sobre todo con los adultos, que desde pequeñas las personas desarrollan narrativas autobiográficas ricas y coherentes (Conway y Pleydell-Pearce, 2000). Por consiguiente, el contexto social en el que se desarrollan esas conversaciones es de gran importancia para la narrativa autobiográfica (Cala, 2004). Son las conversaciones padres/ madres - hijos/as, las que contribuyen más a la interiorización de los componentes y valores culturales en los niños y niñas. Los niños/as aprenden a comunicarse y crear los significados más acordes con el grupo social con el que interaccionan (Santamaría y Martínez, 2005).

Todas las culturas del mundo tienen en común un mismo tipo de narrativa, los mitos. Los mitos son las narrativas en las que los miembros de una misma cultura guardan sus creencias compartidas, siendo estas la base de la cohesión y coherencia del grupo y aportando una manera común de comprender y explicar el mundo que les rodea. Los mitos gozan de una función comunal y sirven como herramientas para organizar las experiencias particulares y dotarlas de sentido. En las sociedades pre-modernas son los encargados de constituir los roles sociales (Santamaría y Montoya, 2008).

Hace unos tres siglos que comenzó un cambio socioeconómico que potenció la aparición del individualismo dejando atrás en muchos lugares el colectivismo. El detonante de este cambio fue la revolución industrial, la cual obligó a la emigración de miles de campesinos a las grandes ciudades, donde se rompió la cadena en la que los padres transmitían a sus hijos toda la información sobre el trabajo que desempeñan y se perdió la estructura tradicional de la familia extensa (Santamaría y Montoya, 2008). Estos cambios también se vieron reflejados en la literatura dando paso al “nuevo realismo”, que se centra en las peculiaridades del día a día de la vida de personajes individuales con personalidades propias, en las que se cuentan las diferentes circunstancias a las que estos se enfrenta con la posibilidad de provocar cambios en sus realidades (Watt, 2001, 1957; Santamaría y Montoya, 2008). Los nuevos géneros literarios provocaron un cambio respecto a la forma tradicional de transmitirlos, sustituyendo a la transmisión oral, y normalmente dirigida a todo un colectivo, por una lectura individual gracias a la impresión de las obras en papel. Estos nuevos géneros impresos han ido evolucionando a lo largo de estos tres siglos, escribiéndose diarios, bibliografías, historias individuales, etc, propiciando el cambio de los recuerdos episódicos del día a día en relato de una historia vital (Watt, 2001, 1957; Santamaría y Montoya, 2008). Por lo que en ese tiempo “ la narrativa pasa de reflejar un tiempo mítico, cíclico, a emplear un

tiempo narrativo, azaroso y discontinuo, que se estructura y configura con un significado personal” (Santamaría y Montoya, 2008).

No fue hasta los años 70-80 cuando surgió el interés por estudiar la influencia de la cultura en la memoria, pero la memoria autobiográfica no se ha podido beneficiar de este tipos de estudios hasta unas décadas después gracias a los estudios de naturaleza social y cultural de los recuerdos autobiográficos, dando pie al desarrollo del estudio de la influencia de la cultura en la memoria autobiográfica (Cala y de la Mata, 2010; de la Mata, Santamaría y Ruiz, 2010; Ruiz-Vargas, 2004; Santamaría, de la Mata, Hansen y Ruiz, 2010; Santamaría y Montoya, 2008; Solcoff, 2001; Suengas, 2000).

En cuanto a la investigación cultural de la memoria autobiográfica ha puesto de manifiesto que las representaciones conceptuales del yo son diferentes culturalmente en función de los valores y orientaciones que predominen en las culturas (Kagitçibasi, 2007; Triandis, 1995).

La principal distinción que se realiza entre las culturas y en la que se han basado la mayoría de investigaciones realizadas, es la que formuló Horstede en 2001 distinguiendo entre culturas individualistas y colectivistas. En función de esta distinción Markus y Kitayama (1991) elaboraron su teoría según la cual, dependiendo del tipo de cultura en la que se desarrolle una persona elaborará un yo independiente o un yo interdependiente. Según Markus y Kitayama, el yo independiente estaría presente en las culturas colectivas, como son las culturas norteamericanas y del norte y centro de Europa. El yo independiente se entiende como entidad autónoma y separada, definida por un repertorio único de rasgos, capacidades, pensamientos y sentimientos (Markus y Kitayama, 1991; de la Mata et al, 2011; Orozco, 2010). En lo que respecta al yo interdependiente, es característico de las culturas colectivas, como son las africanas, asiáticas y latinoamericanas. El yo independiente se considera como parte de una red social (Cross y Markus, 1999; Markus y Kitayama, 1991; Kagitçibasi, 2005, 2007; Triandis, 1995), buscando armonía interpersonal y humildad (Santamaría y Montoya, 2008). Las distinciones que se resaltan de estos conceptos culturales son: la experiencia y la expresión de las emociones, procesos cognitivos, atribuciones y razonamiento moral o motivación de logro, entre otros (Markus y Kitayama, 1991), algunas de ellas se especificarán más adelante. Aunque esta distinción es de gran utilidad hay muchos investigadores que no están del todo de acuerdo con esta teoría, puesto que varios de ellos consideran que el colectivismo e individualismo no son necesariamente excluyentes y pueden convivir a nivel individual en las diferentes culturas (Kim, Triandis, Kagitçibasi, Choi y Yoon, 1994). Se ha resaltado que la autonomía no es exclusiva de las culturas individuales por ello, se ha puesto

de manifiesto la importancia de la presencia de autonomía en culturas colectivas (Kagitcibasi, 2005; Markus y Kitayama, 1991).

A pesar de la discrepancia de algunos autores con la teoría de Markus y Kitayama, los estudios que se han realizado hasta ahora han usado esta distinción de sociedades colectivas e individuales y han encontrado diferencias en ellas. Se han estudiado culturas individualistas como España, Dinamarca y EE.UU, entre otras y sociedades colectivas como China y México, entre otras. Las diferentes investigaciones han encontrado que el primer recuerdo se presenta antes en las sociedades catalogadas como individuales que en las colectivas, son 6 los meses que hay de diferencia aproximadamente, siendo los primeros recuerdos sobre los 3 años y medio de edad en las individuales y 4 en las colectivas (Wang, 2001; De la Mata et al, 2011; Ruiz-Ramos, 2015; MacDonald et al., 2000; Mullen, 1994; Wang, 2004, 2006; Wang y Conway, 2004). Además de ello, se han hallado diferencias en las características del recuerdo. Por lo general los sujetos de sociedades individuales los describieron de forma más extensa, elaborada emocionalmente y expresiva, que los relatados por participantes de sociedades colectivas, los cuales fueron cortos y menos elaborados, Asimismo, los sujetos de culturas individualistas fueron más específicos en el tiempo y en el espacio y el relato del recuerdo estaba más situado a su yo mientras los pertenecientes a las sociedades colectivas hablaban de acontecimientos más generales, rutinarios, orientados hacia otras personas y centrados en actividades colectivas de la familia o vecinos (Wang 2001, 2004; de la Mata et al., 2011; Ruiz-Ramos, 2015). También se encontraron diferencias de género en ambos grupos, teniendo las mujeres recuerdos referentes al yo más localizados en el tiempo y el espacio, igualmente hablaban de ellos con mayor frecuencia en los hombres (Wang, 2001, 2004; Ruiz Ramos 2015). Del mismo modo se halló un mayor número de recuerdos alusivos a la infancia en los sujetos de sociedades individuales que colectivas, siendo las mujeres las que recordaban mayor cantidad en cada una de las culturas, indicando una mayor capacidad de accesibilidad a los recuerdos (Wang et al., 2004; Ruiz Ramos. 2015). Todos estos resultados insinúan que la edad y la información de la memoria más tempranas se ven influidos en gran medida por un efecto multifactorial compuesto por la cultura, la naturaleza de las experiencias y el género, entre otros (MacDonald, et al., 2000; Wang, et al., 2003).

Otras diferencias culturales encontradas en los primeros recuerdos de adultos hacen referencia a los estilos de habla sobre el pasado de padres e hijos (Fivush y Fromhoff, 1988,; Fivush, Haden y Adam, 1995; Harley y Reese, 1999; Leichtman, Pillemer, Wang, Koreishi y Han, 2000; Tessler y Nelson, 1994). Se ha encontrado, que las madres americanas poseen un estilo altamente elaborativo en el momento de hablar de recuerdos con sus hijos mientras las

madres chinas utilizan un estilo con baja elaboración, exponiendo las diferencias en valores y expectativas que afectan a la construcción del yo. Con estos diferentes estilos, a los niños americanos se les alienta a elaborar una autobiografía dirigida a sí mismos e independiente, mientras los niños chinos se le dirige a una responsabilidad social haciendo gran hincapié a las conexiones interpersonales (Wang, Leichtman y Davies, 2000). Son muchos los estudios que han desvelado la gran importancia de los estilos de comunicación entre padres e hijos en el desarrollo de la memoria autobiográfica de los niños y niñas, siendo el enlace crítico entre esta y la concepción del yo (Nelson y Fivush, 2004; Reese, 2002; Wang, 2006).

De la Mata et al (2011) también realizaron un análisis narrativo sobre los primeros recuerdos que relataron estudiantes españoles, mexicanos y daneses. Encontraron que las culturas individualistas, daneses y españoles, mostraban mayor cantidad de verbos cognitivos y expresiones metacognitivas que los mexicanos, cultura catalogada como colectivista. El mayor uso de los verbos cognitivos y expresiones metacognitivas proclama la presencia de un yo reflexivo y autocentrado que es elaborado por una persona con tendencia al autoanálisis.

Finalmente y a modo de conclusión, podemos decir que los resultados de los diferentes estudios realizados muestran que existen ciertas diferencias culturales que afectan de forma directa al desarrollo y construcción de la memoria autobiográfica y, por tanto, de la construcción del yo de los sujetos que viven en ellas. También influye de forma indirecta a través de los estilos narrativos que se desenvuelven en cada una de ellas, aprendidos durante las interacciones con los adultos siendo de gran relevancia para la elaboración de la memoria autobiográfica y la construcción del yo.

5. Memoria autobiográfica y emociones.

A lo largo del documento se ha mencionado que la memoria autobiográfica se ve afectada por múltiples factores como la cultura, la narrativa y el estilo utilizado durante la reminiscencia. En este apartado nos centraremos en el tema de si las emociones afectan de una manera u otra a los recuerdos autobiográficos y a su evocación.

En primer lugar, las emociones son reacciones complejas en las que se ven afectados la mente y el cuerpo. Según Lazarus (1991), el cómo valoremos una emoción dependerá en gran medida de las reacciones que aparezcan tras ella, es decir, la respuesta emocional a una situación se ve condicionada mayoritariamente por la valoración cognitiva que la persona haga de la situación que está experimentando (Ellsworth, 1991; Lazarus, 1991; Lazarus y Smith, 1988). Probablemente las emociones sean el vínculo más directo entre nuestro pasado y presente, ya que al recordar el pasado se evocan las emociones ligadas a ese momento, a

pesar de que con el paso del tiempo esas emociones hayan perdido fuerza (Orozco-Ramírez, 2010), lo que no impide que se recuerden de forma vívida durante mucho tiempo (Berntsen y Rubin, 2002) y se pueden mantener de forma consistente durante muchos años (Kvavilashvili, Mirani, Schlagman, Foley y Korborot, 2009). Cabe destacar que el compartir los acontecimientos que evocan emociones del pasado sirve de medio para las introspecciones de la vida personal de la persona (Lewis y Michealson, 1983). En conclusión, durante el proceso de recuperación del recuerdo un aspecto importante son las emociones ya que la carga afectiva que contenga este influye en su recuperación (Orozco-Ramírez, 2010).

Han sido varios los estudios e investigaciones que se han realizado a lo largo de los últimos años para ver la influencia de las emociones en la memoria. Además son varias las teorías o modelos que avalan la influencia de las emociones a la hora de la evocación de recuerdos. Por ejemplo, el modelo de la red asociativa de Bower (1981) afirma que las emociones básicas se representan en nodos emocionales que se conectan a unidades semánticas. Estos nodos se pueden activar por diversos estímulos como palabras, viendo algún objeto, o por situaciones vinculadas a alguna emoción del pasado. Estos estímulos o situaciones activan la información relativa a un evento que se almacena junto a la emoción que provocó, evocando esas emociones nuevamente. Otra explicación teórica es el principio de especificidad de la codificación, según el cual “las operaciones específicas de codificación realizadas sobre lo que se percibe determinan lo que se almacena, y lo almacenado determina qué indicios de recuperación son eficaces para acceder a lo que está almacenado” (Tulving y Thomson, 1973). El modelo de sistemas de memoria del yo, explicado previamente para la comprensión de la organización de la memoria autobiográfica, propone que la situación en la que se encuentra la persona puede afectar a los procesos de recuperación autobiográfica, facilitando que se recuperen ciertos contenidos y evitando que se recuperen otros. Además de ello, los contenidos de los recuerdos pueden ser modificados con el paso del tiempo debido a los diferentes cambios que pueden ocurrir en la vida personal del individuo (Levine, 1997; Levine y Bluck, 1997, 2004; Boyano y Mora, 2015).

En los últimos tiempos se ha tratado de demostrar que la memoria depende del estado de ánimo, usando diversos tipos de materiales, tanto en la codificación como en la recuperación, intervalos de retención y técnicas de modificación de los estados de ánimo (Bower, 1992; Eich, 1995; Kenealy, 1997). Muchos han sido los estudios que han llegado a la conclusión de que las personas evocan un mayor número de recuerdos positivos cuando su estado de ánimo es favorable que cuando su estado de ánimo es negativo, observándose en ese caso una tendencia a evocar recuerdos negativos (Forgas, 1994; Singer y Salovey, 1988),

encontrando una congruencia entre el estado de ánimo y recuerdo. Se ha de destacar, que del mismo modo, otros investigadores han obtenido datos diferentes descubriendo que los estados de ánimo positivos pueden evocar recuerdos negativos y que durante estados negativos se evocan también recuerdos positivos (Nasby y Yando, 1982; Erber y Erber, 1994; Sedikides, 1994; Claeys, 1989; Gayle, 1997), cuestionando los resultados de congruencia en estado de ánimo y recuerdo que han sido obtenidos por otros autores que hemos citado con anterioridad. Los estudios sobre la memoria de testigos han develado, que los recuerdos con carga emocional pueden llegar a ser menos precisos que los neutrales cuando son examinados en el momento, pero si se preguntan sobre los hechos ocurridos tiempo después los de carga emocional son más precisos (Burke, Heur y Reisberg, 1992; Christianson, 1984; Kleinsmith y Kaplan, 1963, 1964). Otras investigaciones de la memoria de testigos, han encontrado que las emociones deterioran los detalles periféricos de los recuerdos mientras mejoran los detalles centrales (Christianson, 1992; Heur y Reisberg, 1990).

Es de relevancia centrarse en procesos de inducción afectiva y de cómo afecta este a la recuperación de los recuerdos. La inducción de afecto ha sido definida por Forgas en 1995 como el “proceso mediante el cual la información con carga afectiva influye y se incorpora a los procesos cognitivos de las personas, influyendo selectivamente sobre su aprendizaje, memoria, atención y procesos asociativos y eventualmente inclinando el resultado de sus deliberaciones en una dirección congruente con el afecto”. Se ha predicho que cuanto mayor sea el nivel de inducción de afecto durante la codificación y la recuperación, hay más posibilidades de detectar la dependencia de los estados de ánimo (Eich y Shooler, 2000). Las investigaciones sobre la inducción de afecto han revelado que los participantes con una inducción de ánimo alegre recuerdan mayor número de recuerdos positivos y son valorados de forma más positiva que los grupos de inducción triste (Madigan y Bollenbach, 1982; Mathews y Bradley, 1983) y los positivos se sienten más cercanos que los recuerdos negativos (Gebauer, Broemer, Haddock y von Hecker, 2008). En cuanto a los participantes de inducción neutra, valoraron como más intensos los recuerdos positivos que los negativos (Boyano y Mora, 2015), lo que apunta a que la población general prevalece un estado de ánimo positivo (Boyano y Mora, 2015; Dreisbach y Goschke, 2004; Fiedler et al., 2001; Meilán et al., 2012).

Otro tipo de estudios llevados a cabo han sido los realizados con personas diagnosticadas de depresión, para ver si en estos casos hay congruencia entre el estado de ánimo y el recuerdo evocado puesto que estas personas tienden a tener un mayor número de recuerdos negativos que los no depresivos. Cabeza-Peribáñez, Sánchez-Cabaco y Urchaga-

Litago (2014) demostraron que los pacientes depresivos tienden a recordar un mayor número de recuerdos negativos que los no depresivos (Ruiz-Caballero y Donoso- Cortés, 1999; Yang y Rehm, 1993; Teasdale et al., 1980; Rothkopf y Blaney, 1991; Ruiz-Caballero y Bermúdez, 1993) además de que suelen prestar más atención a la información negativa, provocando que este tipo de información se adquirida con mayor facilidad que la información positiva (Derouesne, 2000; Jong-Meyer y Barnhofer, 2002; Watkins y Teasdale, 2001; Swales y Williams, 2001; Bower, Gilligan y Monteiro, 1981; Mayer y Salovey, 1988; Rinck, Glowalia y Schneider, 1992) algo puede influir en la recuperación de recuerdos en el futuro.

Un área de investigación interesante es la planteada por Nigro y Neisser en 1983, autores que estaban interesados en la perspectiva desde la que los sujetos suelen revivir los sucesos pasados. Estos autores, al igual que Henri y Henri (1896), afirmaron que las personas somos capaces de distinguir si evocamos un acontecimiento desde la perspectiva del observado (PO), fuera de la escena recordada, o desde una perspectiva personal (PP), es decir, el sujeto lo experimenta desde su propia piel. Con sus investigaciones Nigro y Neisser (1983) llegaron a la conclusión de que los factores implicados en la perspectiva de recuerdo eran: la carga emotiva del suceso, el tiempo transcurrido desde que se produjo y las instrucciones en las que se les decía si debían relatarlo de forma objetiva o subjetiva. Encontraron que los sujetos utilizaban la perspectiva personal (PP) para hablar de acontecimientos que poseían carga emocional, de eventos cercanos en el tiempo y que explicaban de forma subjetiva, es decir, centrándose en cómo se sentían durante el trascurso de esos acontecimientos con carga emocional. En cambio, los sujetos utilizaban la perspectiva del observador (PO) para referirse a acontecimientos sin ningún tipo de carga emocional, lejanos en el tiempo y que describían de forma subjetiva. (Alonso-Quecuty, 1990).

Por otro lado, se han realizado estudios diferenciales entre jóvenes y mayores como realizado por Cabeza-Peribañes et al. (2014) llegando a la conclusión de que los jóvenes tienen un mayor número de recuerdos positivos que los mayores, quizás debido a que las personas mayores tienen mayor cantidad de recuerdos los cuales son más extendidos y realizan más omisiones en sus recuerdo que los jóvenes. Estos resultados también puede deberse según Teasdale (1988), a la interpretación negativa que suelen realizar los sujetos, en especial los mayores, de sus recuerdos (Cabeza-Peribañez, Sánchez-Cabaco y Urchaga-Litago, 2014).

En conclusión, el estado de ánimo que se experimenta tanto durante la codificación como en la recuperación del recuerdo influye en este, existiendo por tanto una congruencia estado de ánimo- recuerdo, motivo por el cual las personas diagnosticadas con depresión

tiende a evocar un mayor número de recuerdos negativos que los no depresivos. Del mismo modo, las memorias cargadas emocionalmente son más duraderas y vívidas que las que no tiene ningún tipo de carga emocional, además este es uno de los factores que determina si los sujetos recuerdan los eventos desde una perspectiva personal o de observador.

6. Conclusiones.

A lo largo de esta revisión, se ha querido dejar constancia de que la memoria cumple una función esencial en nuestras vidas y que se compone de varios sistemas entre ellos, el de la memoria autobiográfica, en el cual se centra este trabajo. A pesar de no haber un consenso entre los autores de si la memoria autobiográfica forma parte de la memoria episódica o es independiente, lo que queda claro es que en la memoria episódica los recuerdos recuperados se centran más en los hechos ocurridos mientras la memoria autobiográfica se centra más en la información relacionada con el yo.

En cuanto a las funciones que cumple, son tres: la función relativa al yo, con la que se mantiene la coherencia del yo (Bluck, 2003; Bluck, et al., 2005) y mantiene la autoestima, lo que favorece a la construcción de la identidad personal (Ruiz-Vargas, 2010; la función social, que nos ayuda a establecer y mantener relaciones, ayudando a estrechar lazos con otros (Fivush, Berlin, Sales, Mennuti-Washburn, y Cassidy, 2003) y la función directiva, la cual utiliza el pasado para dirigir pensamientos y comportamientos presentes y/o futuros (Bluck, et al., 2005).

En lo referente al desarrollo de la memoria autobiográfica, este comienza aproximadamente a los 18 meses edad en la que aparece el concepto del yo, de hecho son muchos los autores los que sugieren que la memoria autobiográfica no comienza a desarrollarse hasta que surge el concepto del yo (Nelson 1993, 2003; Howe y Courage 1993, 1997). El concepto del yo no es el único aspecto relevante en el desarrollo de la memoria, existen otro como: los procesos cognitivos, el surgimiento del lenguaje, con el que los niños y niñas pueden mantener conversaciones con otras personas, en especial con sus familiares o personas más cercanas del entorno del niño o niña (Fivush y Nelson, 2006; Nelson y Fivush, 2004). Se ha de destacar que Pillermer y White (1989) señalaron dos etapas en el desarrollo de esta memoria: La primera iría de los 2 a 3 años correspondiendo con la aparición de la memoria autobiográfica y la segunda sería de los 4 a 7 años, correspondiendo con la consolidación de la memoria autobiográfica.

Respecto a la estructura de la memoria autobiográfica, esta es explicada con el modelo de sistema de memoria del yo de Conway y Pleydell-Pearce (2000). Este modelo afirma que

la memoria autobiográfica se compone del yo conceptual, cuya función principal es mantener la coherencia del yo, y de la base de conocimiento de la memoria autobiográfica, la cual se divide en recuerdos autobiográficos, que posee tres niveles jerárquicos, y memoria episódica, que se caracteriza de una serie de propiedades. Los tres niveles jerárquicos de los recuerdos autobiográficos son: periodos de la vida o de vida, que representan al conocimiento más general y abstracto de la jerarquía (Conway, 1996) y se mide en meses, años o décadas; acontecimientos generales, referidos a conocimientos más concretos (Anderson y Conway, 1993) y que se miden en días, semanas o meses y por último, conocimientos de eventos específicos, en el que se encuentra aspectos más concretos de tipo sensorio-perceptivo y en el que incluyen imágenes visuales en lugar de resúmenes conceptuales, abstractos y verbales de experiencias pasadas (Nietos López, 2012) que se miden en segundos, minutos y horas.

Sobre la influencia de la narrativa y la cultura en la memoria autobiográfica y en la construcción del yo, cabe destacar que las investigaciones y estudios llevados a cabo han encontrado diferencias en las diferentes culturas, individuales o colectivas, en varios aspectos correspondientes a la memoria autobiográfica, como cuando se presenta el primer recuerdo, características de los recuerdos, entre otros. Por otro lado la cultura también influye, de forma indirecta, a través de los estilos narrativos que se desenvuelven en cada una de ellas, aprendidos durante las interacciones con los adultos siendo de gran relevancia para la elaboración de la memoria autobiográfica y la construcción del yo.

Por último, los estudios llevados a cabo sobre las emociones su influencia en la memoria autobiográfica, han indicado que durante el proceso de recuperación del recuerdo un aspecto importante son las emociones ya que la carga afectiva que contenga este influye en su recuperación (Orozco-Ramírez, 2010). Estos estudios han mostrado que las personas diagnosticadas de depresión poseen mayor cantidad de recuerdos negativos que las no diagnosticadas (Ruiz-Caballero y Donoso- Cortés, 1999; Yang y Rehm, 1993; Teasdale et al., 1980; Rothkopf y Blaney, 1991; Ruiz-Caballero y Bermúdez, 1993). Por otro lado, las investigaciones de Henri y Henri (1986) han desvelado que las personas recordamos desde dos perspectivas: la perspectiva personal (PP) para hablar de acontecimientos que poseían carga emocional, de eventos cercanos en el tiempo y que explicaban de forma subjetiva, es decir, centrándose en cómo se sentían durante el transcurso de esos acontecimientos con carga emocional y la perspectiva del observador (PO) para referirse a acontecimientos sin ningún tipo de carga emocional, lejanos en el tiempo y que describían de forma subjetiva. (Alonso-Quecuty, 1990).

7. Referencias bibliográficas.

- Albert, S. (1977). Temporal comparison theory. *Psychological Review*, 84, 485-503.
- Alea, N., y Bluck, S. (2003). Why are you telling me that? A conceptual model of the social function of autobiographical memory. *Memory*, 11(2), 165-178. <http://dx.doi.org/10.1080/741938207>
- Alonso-Quecuty, M. L. (1990, Abril). Memoria autobiográfica: La influencia de los estados de ánimo sobre las perspectivas de recuerdo. *Estudios de Psicología*, 11(43-44), 3-17.
- Anderson, S. J. y Conway, M. A. (1993). Investigating the structure of autobiographical memories. *Journal of experimental psychology: learning, memory, and cognition*, 19, 1178-1196.
- Ballesteros Jiménez, S. (2010). Introducción al estudio de la memoria. *Psicología de la memoria* (pp.29-62). Madrid, España: Editorial universal, S.A.
- Beltrán-Jaimes, J. O., Moreno-López, N. M., Polo-Díaz, J., Zapata-Zabala, M. E., y Acosta-Barreto, M. R. (2012). Memoria autobiográfica: un sistema funcionalmente definido. *International Journal of Psychological Research*, 5(2), 108-123.
- Berntsen, D. y Rubin, D. C. (2002). Emotionally charged autobiographical memories across the life span: The recall of happy, sad, traumatic, and involuntary memories. *Psychology and Aging*, 17, 636–652.
- Bluck, S. (2003). Autobiographical memory: Exploring its functions in everyday life. *Memory*, 11(2), 113-123. <http://dx.doi.org/10.1080/741938206>
- Bluck, S., Alea, N., Habermas, T. y Rubin, D. C. (2005). A tale of three functions: The self-reported uses of autobiographical memory. *Social Cognition*, 23, 91-117..
- Bower, G.H. (1992) How might emotions affect learning?. En Christianson, S.A. (ed.), *The handbook of emotion and memory: Research and theory*. Hillsdale, NJ: Erlbaum (pp.331).
- Bower, G.H.(1981). Mood and memory. *American Psychologist*, 36, 129-148.
- Boyano, J. T., y Mora, J. A. (2015). Estado de ánimo y memoria autobiográfica: efectos sobre la intensidad de los recuerdos escolares. *anales de psicología*, 31(3), 1035-1043.
- Brewer, W.F. (1986). “What is autobiographical memory?”. En D.C. Rubin (ed.), *Autobiographical memory*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Brickman, P., Coates, D. y Janoff-Bulman, R. (1978). Lottery winners and accident victims: Is happiness relative? *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 917-927.

- Brown, N. R., Shevell, S.K. y Rips, L.J. (1986) Public memories and their personal context. En D.C. Rubin. *Autobiographical memory*. Cambridge: Cambridge University Press, (pp. 137-158.).
- Bruner, J. (1988) *Desarrollo cognitivo y educación*, Madrid: Ediciones Morata.
- Bruner, J. (1990) *Acts of Meaning*. Cambridge-London: Harvard University Press.
- Bruner, J. (1999). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid, España: Visor Dis.
- Bruner, J. (2006). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Bruner, J. S. (2003). Self-making narratives. En R. Fivush & C. A. Haden (Eds.), *Autobiographical memory and the construction of a narrative self. Developmental and cultural perspectives* (pp. 209-225) Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Bruner, J.(1996). A narrative model of self-construction. En J. G. Snodgrass & R. L. Thompson (Eds.), *The self across psychology: self-recognition, self-awareness, and the self concept*. Annals of the New York Academy of Sciences Vol. 818 (pp. 145-161).
- Burke, M., Heur, F. y Reisberg, D. (1992) Remembering emotional events, *Memory and Cognition* 20, 277–290.
- Cabeza Peribáñez, C. B., Sánchez Cabaco, A., y Urchaga Litago, D. (2014). Memoria autobiográfica y estado de ánimo: estudio empírico-diferencial en mayores y jóvenes. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 1(2), 79-82.
- Cala, M. J. y De la Mata, M. L. (2010). Género, identidad y memoria autobiográfica. *Estudios de Psicología*, 31, 3-20.
- Cala, M. J. (2004). Estudios comparativos entre varones y mujeres. Procesos psicológicos básicos: Memoria. *La memoria autobiográfica*, Cáp. 9. Proyecto Docente. Universidad de Sevilla
- Carver, C.S. y Scheier, M.F. (1990). Origins and functions of positive and negative affect: A controlprocess view. *Psychological Review*, 97,19-35.
- Christianson, S. A. (1984) The relationship between induced emotional arousal and amnesia. *Scandinavian Journal of Psychology*, 25, 147-160.
- Christianson, S. A. (1992). Emotional stress and eyewitness memory: a critical review. *Psychological Bulletin*, 112, 284-309.
- Conway, M. y Pleydell-Pearce, C. (2000).The Construction of Autobiographical Memories in the Self-Memory System. *Psychological Review*, 107(2), 261–288.
- Conway, M. (2005).Memory and the self. *Journal of Memory and Language*, 53(4), 594–628.

- Conway, M. A. y Bekerian, D.A. (1987) Organization in autobiographical memory. *Memory & Cognition*, 15,2, 119-32.
- Conway, M. A. (1996). Autobiographical knowledge and autobiographical memories. En D. C. Rubin (Eds.), *Remembering our past studies in autobiographical memory*. Cambridge University, 3, 67-93.
- Conway, M., Singer, J. y Tagini, A. (2004). The self and autobiographical memory: correspondence and coherence. *Social Cognition*, 22(5), 491– 529.
- Cubero, M. y De la Mata, M. (2005). Cultura y procesos cognitivos. *En Vygotsky en la psicología contemporánea-Cultura, mente y contexto*, 2, 47-79. Ed. Miño y Dávila. Madrid, España.
- De la Mata, M. L., Santamaría, A., Ruiz, L., y Hansen, T. G. (2011). Memoria autobiográfica, narrativa y concepciones del yo: Un estudio transcultural. *Revista Mexicana de Psicología*, 28(2), 183-191.
- De la Mata, M. L., Santamaría, A., y Ruiz, L. (2010). Cultura y memoria autobiográfica: concepciones del yo en estudiantes universitarios mexicanos y españoles. *Estudios de psicología*, 31(1), 21-38. <http://dx.doi.org/10.1174/021093910790744491>
- Ellsworth, P. C. (1991) Some implications of cognitive appraisal theories of emotion. En K. T. Strongman (Ed.), *International Review of studies on emotion, Vol. 1*. Chichester: Wiley.
- Fivush, R. y Nelson, K. (2004). Culture and language in the emergence of autobiographical memory. *Psychological Science*, 15(9), 573– 577.
- Fivush, R. y Nelson, K. (2006). Parent-child reminiscing locates the self in the past. *The British Journal of Developmental Psychology*, 235-251.
- Fivush, R. (1988). “The functions of event memory: Some comments on Nelson and Barsalou”. En U. Neisser y E. Winograd (Eds.), *Remembering reconsidered: Ecological and traditional approaches to the study of memory*. Cambridge, MA: Cambridge University Press
- Fivush, R. (2011). The development of autobiographical memory. *Annals Review of psychology*, 62, 559-582.
- Fivush, R., y Haden, C.A. (Eds.). (2003) *Autobiographical memory and the construction of a narrative self: Developmental and cultural perspectives*. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Forgas, J. P. (1995) Mood and judgment. The affect Infusion Model (AIM). *Psychological Bulletin*, 117, 1, 39-66.

- Gebauer, J., Broemer, P., Haddock, G. y von Hecker, U. (2008). Inclusion/exclusion of positive and negative past selves: Mood congruence as information. *Journal of Personality and Social Psychology*, 95, 470-487.
- González, J. M., y Ruetti, E. (2014). Memoria autobiográfica emocional: papel de las emociones sobre la evocación. *Anuario de investigaciones*, 21(2), 261-265.
- Greenwald, AG (1980). The totalitarian ego: Fabrication and review of Personal History. *American Psychologist*, 35, 603 - 618.
- Hofstede, G. (2001). *Culture's consequences: Comparing values, behaviors, institutions, and organizations across nations*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Howe, M.L. y Courage, M.L. (1997). The emergence and early development of autobiographical memory. *Psychological Review*, 104, 499-523.
- Hsee, CK, Abelson, R.P, y Salovey, P. (1991). The relative weighting of position and velocity in satisfactory Faction. *Psychological Science*, 2, 263 -266.
- Jong-Meyer, R., y Barnhofer, T. (2002). Overgenerality of autobiographical memory in depression. A phenomenon, possible causes and some consequences. *Psychologische Rundschau*, 53, 23-33.
- Kagitçibasi, C. (2007). *Family, self and human development across cultures. Theory and applications*. Mahwah, N.J.: L.E.A.
- Kim, U., Triandis, H. C., Kagitçibasi, C., Choi, S-C. y Yoon, G. (1994). Introduction. En U. Kim, H. C. Triandis, C. Kagitçibasi, S-C. Choi y G. Yoon (Eds.), *Individualism and collectivism. Theory, method, and applications* (pp. 1-16). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Koestler, A. (1961). *Arrow in the blue, an autobiography*. New York: Macmillan.
- Kvavilashvili, L., Mirani, J., Schlagman, S., Foley, K. y Diana, E. (2009). Effects of age on phenomenology and consistency of flashbulb memories of September 11 and a staged control event. *Psychology and Aging*, 25(2), 391-404.
- Lancaster, J. S y Barsalou, L.W. (1997) Multiple organizations of events in memory. *Memory*, 5, 569-599.
- Latorre, J. M. P., Montañés, J. R., Serrano, J. P., Hernández, J. V. V., Sancho, M. J. V., Alarcón, H. M., y Ros, L. S. (2003). Memoria autobiográfica y depresión en la vejez: entrenamiento en el recuerdo de acontecimientos positivos en ancianos con sintomatología depresiva. *Madrid, IMSERSO, Estudios I+ D+ I*, (13).
- Lazarus, R.S. (1991) *Emotion and adaptation*. New York: Oxford University Press.
- Levine, L.J. y Bluck, S. (2004). Painting with broad strokes: Happiness and the malleability of event memory. *Cognition and Emotion*, 18, 559-574.

- Lewis, M. y Michealson, L. (1983) *Children's emotions and moods*. New York: Plenum.
- Loewenstein, G., y Prelec, D. (1993). Preferences over outcome sequences. *Psychological Review*, 100, 108 ±-91.
- Ross, M. y Buehler, R. (1994). Creative remembering. In U. Neisser & Fivush R. (Eds.), *The remembering self* (pp. 205- 235). New York: Cambridge University
- Manzanero, A. (2006). Procesos automáticos y controlados de memoria: Modelo Asociativo (HAM) vs. Sistema de Procesamiento General Abstracto. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 59(3), 373-412.
- Markowitsch, H. y Staniloiu, A. (2011). Memory, autoegetic consciousness, and the self. *Consciousness and cognition*, 20(1), 16– 39
- Markus, H. R. y Kitayama, S. (1991). Culture and the self: implications for cognition, emotion and motivation. *Psychological Review*, 98, 224-253.
- Mateo-Gómez, A. (2016). *Desarrollo de la memoria autobiográfica en niños a través del recuerdo de eventos específicos. Incidencia del repaso visual y verbal* (Tesis doctoral). Facultad de medicina de Albacete, Castilla La Mancha.
- Mullen, M. K. (1994). Earliest recollections of childhood: A demographic analysis. *Cognition*, 52, 55-79..
- Nelson, K. y Gruendel, J.M. (1981). Generalized event representations: Basic building of cognitive development. En M. Lamb y A. L. Brown (eds.), *Advances in Developmental Psychology, vol. 1*, Hillsdale, NJ, Erlbaum (pp. 131-158).
- Nelson, K. (1993). "Explaining the emergence of autobiographical memory in early childhood". En A. Collins, S. Gathercole, M. Conway y P. Morris (Eds.), *Theories of memory*. Hove (UK): Erlbaum.
- Nelson, K. (1993). The psychological and social origins of autobiographical memory. *Psychological Science*, 4, 7 -14.
- Nelson, K. (2003). Narrative and self, Myth and Memory: Emergence of the Cultural Self. En R. Fivush y C. Haden (Eds.), *Autobiographical memory and the construction of a narrative self: Developmental and cultural perspectives, 1*, 3-28. Lawrence Erlbaum associates, Publishers.
- Nelson, K. (2003). Self and social functions: Individual autobiographical memory and collective narrative. *Memory*, 11(2), 125-136. <http://dx.doi.org/10.1080/741938203>
- Nelson, K., y Fivush, R. (2000) Socialization of memory. In E. Tulving & F.I.M. Craik (Eds.), *Oxford handbook of memory*. New York: Oxford University Press. (pp. 283– 295).

- Nieto-López, M. (2015). *El desarrollo de la especificidad de la memoria autobiográfica en la edad preescolar* (Tesis doctoral). Facultad de medicina de Albacete, Castilla La Mancha.
- Nigro, G. y Neisser, U. (1983). Point of vies in personal memories. *Cognitive Psychology*, 15, 467-482.
- Orozco Ramírez, L. A. (2010). *Especificidad de memoria autobiográfica y trauma: el papel del género y el apoyo social en el contenido de las narrativas autobiográficas* (Tesis doctoral). Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Pillemer, D. (2003). Directive functions of autobiographical memory: The guiding power of the specific episode. *Memory*, 11(2), 193-202. <http://dx.doi.org/10.1080/741938208>
- Pillemer, D. B. y White (1989). Childhood events recalled by children and adults. En H. W Reese (Ed.), *Advances in child development and behaviour*, Vol. 21, 297-340. San Diego, CA: Academic Press.
- Pillemer, D. B. (1998). *Momentous events, vivid memories*. Cambridge: Harvard University Press.
- Piolino, P., Desgranges, B. y Eustache, F. (2009). Episodic autobiographical memories over the course of time: cognitive, neuropsychological and neuroimaging findings. *Neuropsychologia*, 47(11), 2314–29.
- Polkinghorne, D. E. (1991). Narrative and self-concept. *Journal of narrative and life history*. 1 (2 y 3), 135-153.
- Ross, M. (1989). The relation of implicit theories to the Construction of Personal Histories. *Psychological Review*, 96, 341-357.
- Ruiz Ramos, L. (2016). *Cultura y género en la narración de acontecimientos autobiográficos* (Tesis doctoral). Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Ruiz-Varga, J. M. (2010). El recuerdo del pasado personal: La memoria autobiográfica. *Manual de psicología de la memoria* (pp. 323-364). Madrid, España: Editorial SINTESIS.
- Ruiz-Vargas, J. M. (2004). Claves de la memoria autobiográfica1. *Researchgate*.
- Ruiz-Vargas, J. M. (2010). Introducción: ¿Qué es la memoria?. *Manual de psicología de la memoria* (pp. 19-40). Madrid, España: Editorial SINTESIS.
- Santamaría, A. y Martínez, M. (2005). La construcción de significados en el marco de una Psicología Cultural: el Pensamiento Narrativo. En *Vygotsky en la psicología contemporánea-Cultura, mente y contexto*, 2, 47-79. Ed. Miño y Dávila. Madrid, España

- Santamaría, A., y Montoya, E. M. (2008). La memoria autobiográfica: el encuentro entre la memoria, el yo y el lenguaje. *Estudios de psicología*, 29(3), 333-350. <http://dx.doi.org/10.1174/021093910790744491>
- Santamaría, A., de la Mata, M. L., y Ruiz, M. L. (2012). Escolarización formal, memoria autobiográfica y concepciones culturales del yo. *Infancia y Aprendizaje*, 35(1), 73-86. <http://dx.doi.org/10.1174/021037012798977412>
- Santamaría, A., De la Mata, M. L., Hansen, T. y Ruiz, L. (2010). Cultural self-construals of Mexican, Spanish and Danish college students: Beyond independent and interdependent self. *Journal of CrossCultural Psychology*, 41, 471-477.
- Schooler, J. W. y Eich E. E. (2000) Memory for emotional events. In E. Tulving & F.I.M. Craik (Eds.) *Oxford Handbook of Memory*. New York: Oxford University.
- Shore, B.(1996). *Culture in mind: cognition, culture and the problem of meaning*. Oxford: Oxford University Press.
- Singer, JA, y Salovey, P. (1993). *The self Remembered: Emotion and memory in personality*. Toronto: Maxwell Macmillan International.
- Solcoff, K. (2001). ¿Fenomenología experimental de la memoria? La memoria autobiográfica entre el contexto y el significado. *Estudios de Psicología*, 22, 319-344.
- Solcoff, K. (2012). *El origen de la memoria episódica y de control de fuente: Su relación con las capacidades de teoría de la mente* (Tesis doctoral). Universidad autónoma de Madrid, Madrid.
- Swales, M.A., y Williams J.M.G. (2001) Specificity of autobiographical memory and mood disturbance in adolescents. *Cognition and Emotion*, 15, 321-331.
- Teasdale, J.D. y Barnard, P.J. (1993). Affect, cognition, and change: re-modeling depressive thought. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Tulving, E. (1972). "Episodic and semantic memory". En E. Tulving y W. Donaldson (eds.), *Organization of memory*. Nueva York: Academic Press.
- Tulving, E. (1983) *Elements of episodic memory*. New York: Oxford University
- Tulving, E. (1995). Organization of memory: Quo vadis? *In The Cognitive Neurosciences*, Ed. MS Gazzaniga, 839-47. Cambridge, MA: MIT Press.
- Tulving, E. (1999). "On the uniqueness of episodic memory". En L.-G. Nilsson y Markowitsch (Eds.), *Cognitive neuroscience of memory*. Göttinga: Hogrefe & Huber Publishers.
- Tulving, E. (1999). "Study of memory: processes and systems". En J.K. Foster y M. Jelicic (Eds.), *Memory: Systems, process, or function?*. Oxford: Oxford University Press.

- Tulving, E. (2002). Episodic Memory: From Mind to Brain. *Annual Review of Psychology*, 53, 1-25.
- Wang, Q. (2004). The emergence of cultural self-construct: Autobiographical memory and self-description in American and Chinese children. *Developmental Psychology*, 40, 3-15.
- Wang, Q. (2006). Earliest recollections of self and others in European American and Taiwanese young adults. *Psychological Science*, 17, 708-714.
- Wang, Q., Conway, M. A., y Hou, Y. (2004). Infantile amnesia: A cross-cultural investigation. *Cognitive Sciences*, 1, 123-135.
- Wang, Q., Leichtman, M. D., y Davies, K. (2000) Sharing memories and telling stories: American and Chinese mothers and their three-year-olds. *Memory*, 8, 3, 159–177.
- Watkins, E., y Teasdale, J.D. (2001). Rumination and overgeneral memory in depression: Effects of self-focus and analytic thinking. *Journal of Abnormal*
- Watt, I. (2001/1957). *The rise of the novel: Studies in Defoe, Richardson and Fielding*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Williams, J.M.G. (1996) Depression and the specificity of autobiographical memory. En D.C.Rubin (Ed.), *Remembering our past: Studies in autobiographical memory*. Cambridge, UK: Cambridge University Press. (pp. 244-267).
- Wilson, A., y Ross, M. (2003). The identity function of autobiographical memory: Time is on our side. *Memory*, 11(2), 137-149. <http://dx.doi.org/10.1080/741938210>
- Wilson, AE, y Ross, M. (2000). The frequency of self-temporal and social comparisons in people's staff appraisals. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 928 - 942.
- Wilson, AE, y Ross, M. (2001). *how do perceptions of former selves Affect current self-Appraisals?* Paper presented at the Society for Personality and Social Psychology Convention, San Antonio, TX.
- Yang, J.A. y Rehm, L.P.(1993). A study of autobiographical memories in depressed and nondepressed elderly individuals, *International Journal of Aging and Human Development*, 36, 39-55.